

el Estado monárquico español y cómo fue su presencia en América en los albores de las reformas administrativas de los borbones. Es indispensable para entender el siglo XVIII, aunque su aporte quede circunscrito a un funcionalismo estatal y nos diga poco del entramado ideológico que subyacía en los propósitos ordenadores de la Corona hispana. Sin decirlo, y tal vez sin proponérselo, Vázquez Varela proporciona un panorama de un cierto grado de secularización del Estado en su estructura administrativa prolongada en América; además, esboza el peso de la formación de abogados y de su presencia en los cargos de justicia y de gobierno, lo que como consecuencia es una relativización del lugar y del influjo del personal eclesiástico en el control de la sociedad colonial.

Gilberto Loaiza Cano

Una historia ingenua

El Hospital San Juan de Dios 1635-1895. Una historia de la enfermedad, pobreza y muerte en Bogotá

ESTELA RESTREPO ZEA

Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES), Bogotá, 2011, 567 págs.

EN BUEN momento se publica esta investigación sobre la historia del Hospital San Juan de Dios de Bogotá. Ello coincide con las recientes gestiones del gobierno distrital para reabrir la institución y convertirla en un centro piloto para atención primaria en salud. La obra sugiere reflexiones interesantes que merecen ser planteadas, que siguen siendo actuales y que están vinculadas con el sentido de esta institución, con sus funciones primordiales y con su relación con el proceso creciente de medicalización general de la sociedad.

El libro, que es producto de una tesis doctoral en Historia, consta de seis capítulos y adopta una perspectiva de larga duración para trazar la vida del hospital bogotano; comienza su exploración en 1635 y se detiene en 1895.

La introducción de la obra ofrece un sucinto balance historiográfico sobre la institución en Colombia, donde esencialmente se valoran en forma crítica las visiones de la historiografía decimonónica y se subrayan los aportes de la historia social de la ciencia a finales del siglo XX.

El objetivo que la autora se fija es el de “narrar la gestión que el hospital hizo de la pobreza [...] y de situar el hospital en el marco de las políticas de prevención y de control”, establecidas por los gobiernos municipales, departamentales y nacionales a lo largo de dos siglos y medio. Con ese fin, en el capítulo 1, titulado “El convento-hospital 1635-1835”, inicia su recorrido en la época colonial, cuando la institución era fundamentalmente religiosa, un convento hospital, orientada por los principios de la caridad cristiana de socorro al pobre desvalido. Desde esos lejanos tiempos, este establecimiento sufría de un mal que no logrará superar, aunque la intensidad del problema será variable a través del tiempo: la permanente escasez de recursos económicos para llevar a cabo su labor en forma eficaz. La autora refiere las mejoras más significativas que se realizaron en sus instalaciones durante el periodo colonial: nueva sede, ampliación y creación de enfermerías, aumento del número de camas, entre otras. Examina, así mismo, las contrariedades ocasionadas por el ingreso de la tropa al hospital para curarse; la acentuación del déficit que esa nueva población generó, los líos que ocasionó el comportamiento “inmoral” de los soldados y el maltrato que daban a quienes allí trabajaban. Los religiosos presentaron numerosas quejas sobre estos perjuicios, explicaban que el sentido de su ministerio era cuidar solo a los pobres; pero esta situación no pudo resolverse en aquella época, pues no había forma de crear un hospital reservado a los militares; al fin, los religiosos debieron aceptar, resignados, la situación, pues “la salud de los militares era prioritaria a la de la población pobre” (pág. 90).

En este capítulo, la autora se detiene también en la exploración de algunos libros que pudieron haber sido de ayuda a los hospitalarios para desempeñar su oficio. En ellos, se exponían los fundamentos de la teoría

hipocrática en cuanto a la enfermedad y la terapéutica, así como la necesidad de la salvación y el fortalecimiento del alma para la curación del cuerpo enfermo. Sin embargo, no logra determinarse cómo estas obras orientaron sus acciones de manera específica, cómo fueron leídas, qué partes fueron más utilizadas, etc. Se echa de menos la indagación por las dinámicas de apropiación de dichas obras por la comunidad religiosa.

En el mismo aparte, se estudia el dietario compuesto por el médico Antonio Froes, inspirado en postulados hipocrático-galénicos, redactado con el fin de asistir en forma particular a los enfermos de la tropa en Santafé. El dietario revela aspectos importantes sobre las enfermedades más comunes en los soldados, o sobre el papel de la alimentación (ingredientes, raciones, horarios) en los periodos de enfermedad; pero no es posible saber si, en efecto, ese plan fue modelo de la alimentación que se preparaba en el hospital, no se exploran fuentes que podrían ayudar a determinar si ello se cumplió, si se realizó en parte o si solo se quedó en el papel como expresión de deseo.



El capítulo 2, “Vagos, enfermos y valetudinarios, Bogotá 1830-1860”, se centra en el estudio de las políticas nacionales para controlar la pobreza, en las cuales el hospital tuvo un papel fundamental, pues “los gobiernos decimonónicos institucionalizaron el encierro para garantizar el bien público o particular de los habitantes” (pág. 101). La intención de la autora es mostrar el hospital como una instancia de control social; uno de los objetivos de la obra es revelar el

HISTORIA		RESEÑAS
<p>carácter “securitario” de la institución, hacer evidente que fue un sitio de represión, de encierro, de aislamiento de los “indeseables” (pobres enfermos, vagabundos achacosos, mendigos), en este aparte hace bastante hincapié en ello, en la idea de que el hospital servía para “separar del cuerpo social a aquellos habitantes que significaban mayor peligro para el bienestar de las ‘gentes de bien’” (pág. 101). En este contexto, se otorga un amplio espacio a una historia breve sobre la persecución y el encierro a pobres y vagos en el mundo occidental desde el siglo XV hasta el siglo XIX. Pero no se logra mostrar justamente si el hospital cumplió dicha función. En este sentido, es importante mencionar que, para el hospital o para cualquier otra institución de control, una cosa es lo que se dice y se desea (discurso) y otra lo que en realidad se lleva a la práctica.</p> <p>Además, resulta difícil identificar cuál era la población que el hospital recibía efectivamente debido a la dificultad para identificarla: ¿Quiénes son los pobres? ¿Cómo se define al pobre o al vagabundo en el siglo XVII o en el siglo XIX? Tal categoría no es eterna, inmutable, cada época otorga una definición, así sea brumosa, a este tipo poblacional. Quizá fuere preciso historizarla para tener una idea más clara sobre los grupos sociales a los que estaba dirigida la institución. Marca también con claridad el año de 1835 como el momento en el cual se retira la administración del hospital a la orden religiosa y se entrega a la Gobernación.</p> <p>Mención especial merece, en este marco, la política de desamortización de bienes de manos muertas, aprobada por Tomás Cipriano de Mosquera en 1861, la cual deterioró aún más la situación de permanente penuria de la institución, ya que muchas de sus propiedades formaban parte de los enajenables. Así mismo, detalla en este capítulo el proceso mediante el cual el hospital se vinculó, primero con la Facultad de Medicina de la Universidad Central y, posteriormente, con la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, en la idea de fortalecer la institución como un lugar de producción y de transmisión del saber médico.</p>	<p>El capítulo 3, “Los pobres, causa específica de las enfermedades contagiosas”, se dedica casi con exclusividad a exponer las diferentes teorías que, desde la Antigüedad clásica, explicaban la transmisión de las enfermedades, para poner en evidencia cómo, desde fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX, la consideración de las condiciones meteorológicas y geográficas como causa de las enfermedades, dieron paso a la atención por las costumbres de los pobres, pensadas como causa del mal (enfermedad). Con este objeto toma ejemplos del cólera, la fiebre amarilla, las “calenturas pútridas”, y en cierta medida la lepra. No obstante, el lazo entre la vida de la institución y este tema no se hace explícito, pareciera que no es el hospital el hilo conductor de la reflexión realizada.</p> <p>El capítulo 4, “Miasmas y contagios”, hace hincapié en las diversas medidas de prevención y control de las enfermedades epidémicas que se dictaron para Bogotá especialmente. Así, retoma desde mediados del siglo XVIII hasta el siglo XIX, las estrategias de higiene pública que se ejecutaron por las autoridades locales para luchar contra esos males, desde las actividades de limpieza de barrios, calles y casas; los cuidados en el abastecimiento del agua, los drenajes, el arreglo de los depósitos de basura y, posteriormente, la vinculación de estos aspectos con dimensiones morales de la sociedad, lo que produce la estigmatización en términos de “contagio y contaminación”, y luego la separación y la exclusión, de ciertos sectores de la población urbana de entonces.</p> <p>El capítulo 5, “El hospital: escuela de patología práctica: 1868-1895”, se detiene en el proceso de “medicalización” del hospital, la cual es definida como “la institucionalización de las tres mentalidades médicas modernas: la anatomoclínica, la fisiopatológica y la etiopatológica”. Este proceso fue orientado y dirigido por una instancia nueva, creada en 1868, el Servicio Científico del Hospital, el cual, además, debía organizar la clínica y coordinar el vínculo hospital-escuela de medicina para determinar el sentido y estructuración de los estudios médicos.</p> <p>El libro se cierra con el capítulo 6, “La perdutta gente: sombríos, taciturnos y pesarosos, 1860-1885”. En esta parte la autora retoma el estudio de las actividades de encierro y de confinamiento que realizaba el hospital. Con la intención de poner en evidencia que la institución fue, en mucha parte, un depósito, una suerte de gran mazmorra donde se consignaban dementes, enfermos, pobres, vagabundos, regresa al hospital de los primeros años de la república y recorre su devenir hasta mediados del siglo XIX. El hospital habría cesado de tener estas funciones cuando empiezan a crearse diversas instituciones de beneficencia encargadas de aliviar ese tipo de malestar social (indigentes, vagabundos y locos), amparadas en el código de beneficencia (1858).</p> <p>Realizado este somerísimo recorrido por algunos de los principales temas que explora la obra, es preciso ahora detenerse en algunos aspectos inquietantes de la misma:</p> <p>El sentido de los cortes cronológicos no es muy claro. No hay en ningún lugar una justificación expresa de las fechas que enmarcan la investigación, ni de las fragmentaciones temporales que aparecen en los capítulos. Tampoco se encuentra una explicación clara sobre la repartición de las funciones entre las diversas instituciones de beneficencia que existían en Bogotá en diferentes épocas.</p> <p>Si bien el subtítulo de la obra menciona la palabra “muerte”, ella no aparece en el desarrollo, aunque habría habido muchos espacios para tratar sobre ese tema, fundamental cuando se aborda el mundo hospitalario. Un aspecto adicional que produce extrañeza es la relativa falta de revisión de la literatura que, desde hace varios años ya, se viene produciendo en el país sobre este tipo de problemáticas, es poco lo que la autora refiere a las investigaciones hechas en este sentido.</p> <p>Pero más allá de esas críticas, lo que en verdad preocupa en esta forma de abordar el estudio de una institución clave en la vida social como es el hospital, es su insistencia en los aspectos represivos, de encierro, de control social de este establecimiento. Una visión más equilibrada mostraría tanto el lado “negativo” como el lado “positivo” de esta institución. Es un poco exagerado el espacio y las reflexiones</p>	

que la autora concede a este tipo de argumentaciones, sin que pueda “probarlo” en forma clara con las fuentes; habría que preguntarse más sobre el posible desfase que puede haber entre los discursos que se hacen sobre las funciones de control de la institución y las posibilidades reales de proceder en este sentido, habría que interrogar la distancia entre lo ideal y lo “real”. Habría también que realizar una lectura menos ingenua de las reglamentaciones institucionales, legislativas o administrativas. Las aspiraciones que se reflejan en los discursos de las elites (médicas, sociales, económicas) no obran de suyo en la realidad.

¿Será posible pensar que el hospital sí ayudó a personas pobres enfermas, desvalidas durante sus siglos de historia? ¿Es posible creer que es necesaria y deseable la institución? ¿Es posible valorarla en su justa medida? Porque si se toma al pie de la letra lo que la obra pretende mostrar, ese lado oscuro y represor del hospital como institución de control, se olvida que es también un sitio de recuperación, de cuidado, de curación y de vida.

Adriana María Alzate Echeverri

Las infancias que vivimos

Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia

PATRICIA LONDOÑO VEGA Y SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ (INVESTIGACIÓN Y CURADURÍA)
Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República (catálogo de la exposición), Bogotá, 2012, 194 págs, il.

EL SIGLO XX fue llamado el siglo de la infancia. El siglo XXI lo seguirá siendo en la medida que los graves problemas que la afectan pervivan y que nuestra conciencia sobre su necesaria solución aumente. La exposición “Los niños que fuimos: huellas de la infancia en Colombia” inaugurada en octubre de 2012 en la Biblioteca Luis Ángel Arango, ha constituido un hito en la cultura de nuestro país. No se había intentado hasta ahora darle la relevancia merecida a la historia

de la niñez. Su realización debemos interpretarla como parte del esfuerzo institucional por promover la reflexión sobre el lugar que los niños tienen en nuestra sociedad. Ángela Pérez Mejía, subgerente cultural del Banco de la República, la explicó el día de su inauguración como una oportunidad para pensar el concepto que tenemos de infancia y transformarlo en uno más activo, que nos sirva para cuestionar las condiciones de inequidad que viven los niños.

Si uno de los hechos más inquietantes de nuestra cultura ha sido la invisibilización de la infancia, esta exposición nos la recupera, nos la recuerda, en toda su diversidad y complejidad. Patricia Londoño Vega y Santiago Londoño Vélez los curadores de la exposición, realizaron un trabajo extraordinario de recuperación de fuentes, objetos y escritos que informan de las vivencias y representaciones de la infancia en la historia del país. El catálogo que acompaña la exposición es un documento de gran finura editorial, que despierta el interés en cuanto se repasan sus páginas. El desarrollo del estudio es cronológico, extendiéndose desde la época prehispánica hasta casi mediados del siglo XX. Las citas insertadas en el texto y la bibliografía demuestran un amplio conocimiento de la literatura histórica que trata el tema. Pero lo que de manera inmediata resulta más atractivo es el rico repertorio de imágenes que son mucho más que su ilustración. Digo esto porque las imágenes están debidamente comentadas en el texto, porque poseen un valor explicativo por sí mismas. La variedad y diversidad de fuentes reunidas llama la atención: pintura, fotografía, memorias, cartas, cartillas, manuales de higiene y alimentación, trajes, juegos, etc. Muchas de estas piezas pertenecen a museos y bibliotecas públicos, pero también otras forman parte de colecciones privadas.

Si la historia de la infancia es, en buena medida, la de su representación, en el catálogo encontramos que se trata de un hecho moderno. Algo que ya había advertido Philippe Ariès en sus intuitivos estudios. Si en la época colonial son pocas las imágenes en las que los niños y las niñas aparecen solos, en los siglos XIX y XX aumentaron

de manera extraordinaria. Además, los niños de las pinturas dejaron de ser adultos en pequeño; cambio al que contribuiría el que ya no se los vistiera como adultos, sino con trajes concebidos para su edad.



El catálogo está organizado en tres capítulos. El primero trata de la época colonial. En él se analiza un hecho incontestable, la calidad de la infancia dependía de la condición étnica. Así, fue muy distinto ser niño indígena, mestizo, esclavo o blanco. La colonial fue una época, además, en la que tuvo especial significación la condición de la legitimidad. Ser niño ilegítimo, es decir, nacido de una relación al margen del matrimonio, imprimía una marca indeleble y causaba una vida de marginamiento. Sin embargo, lo más significativo es el hecho de que casi toda la representación de la infancia de la época colonial es religiosa. En muchas ocasiones, es en la figura del Niño Jesús o de los ángeles en la que encontramos la representación de la infancia. En el segundo capítulo, titulado “Párvulos decimonónicos”, se contrastan realidades dramáticas que vivían los infantes, con los inicios de la construcción de las modernas disciplinas médicas y pedagógicas que se ocuparían de la infancia. El catálogo nos descubre los niños vestidos de soldados en las guerras civiles del siglo XIX, convertidos en trabajadores de los campos y las ciudades y conformando “los miserables” de la capital. Pero, a la par de estos hechos, en Colombia ocurrió un lento, aunque sostenido, proceso de escolarización de los infantes. Los métodos prevalentes para la formación de buenos ciudadanos fueron la memorización y la repetición. El miedo al castigo era una constante en las aulas de la